

EL CASTILLO DE ALARCON

POR ANGEL TORTOSA NAVARRO

En la abrupta campiña conquense y solitaria
de hoces zigzagueantes por el Júcar circuida,
te elevas cabalgando la roca milenaria
por la lluvia y el viento ya ajada y corroida.

Allí altivo te encuentras al tiempo desafiando,
coronado dos veces por calado almenaje,
como rey de titanes que se yergue oteando
las cumbres y senderos del árido paisaje.

Bajo tus fuertes muros, lamiendo tus cimientos
se extienden tus murallas de hercúlea tracería,
y para darte realces y más merecimientos,
torres y barbacanas te rinden pleitesía.

Por igual causa, el Júcar corre humilde y paciente
sin tregua en su continuo perseverante viaje,
dándote siempre escolta, yendo de puente a puente
como señal constante de eterno vasallaje.

Dan acceso a tu entrada tres puertas casi iguales
y otras tantas murallas refuerzan tu recinto,
sirviéndote de trono dos fuertes pedestales
tallados por el tiempo sobre escarpado plinto.

Dentro de tus estancias vetustas y espaciosas
conservas aún la savia de tiempos ya pretéritos
y en ella se deslizan las horas silenciosas
con tristeza, evocando tu realeza y tus méritos.

Aquellos que nacieron cuando tus moradores
te hicieron ampulosa residencia de reyes,
elevándote a corte tus conquistadores,
que a España gobernaron con sus fueros y leyes.

Y fuiste celta, goda, musulmán o cristiano,
según el rey o el jefe que en ti, ufano, habitó;
sin que jamás dejases de ser el soberano
castillo de la Patria que con más fe luchó,
por darle eterna fama, logrando la victoria
en todas cuantas luchas mediaron tus guerreros,
escribiendo allí mil páginas gloriosas de la Historia
al sellar con las armas su honor de caballeros.

Y aunque fuiste presidio de Almamud codicioso
por amar a su Leila, la sultana adorada,
en tanto que luchando sus zenetes briosos
para aquél conquistaban la moruna Granada: